

NEAL SHUSTERMAN

SIEGA

Traducción del inglés

Pilar Ramírez Tello

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original: *Scythe*

Spanish language copyright © 2017 by Nocturna Ediciones

Text copyright © 2016 by Neal Shusterman

Published by arrangement with Simon & Schuster Books For Young Readers,
An imprint of Simon & Schuster Children's Publishing Division

All rights reserved. No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopying, recording or by any information storage and retrieval system, without permission in writing from the Publisher.

© de la obra: Neal Shusterman, 2016

© de la traducción: Pilar Ramírez Tello, 2017

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: octubre de 2017

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB

ISBN: 978-84-16858-24-8

Depósito Legal: M-25175-2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para Olga (Ludovika) Nedtvedt,
amiga y admiradora lejana*

PRIMERA PARTE

Túnica y anillo

Por ley, debemos llevar un registro de los inocentes a los que matamos.

Y, tal como yo lo veo, todos son inocentes, incluso los culpables. Todos somos culpables de algo y todos seguimos atesorando algún recuerdo de nuestra inocencia infantil, por muchas capas de vida que lo envuelvan. La humanidad es inocente; la humanidad es culpable, y ambos estados son indiscutiblemente ciertos.

Por ley, debemos llevar un registro.

Comienza el primer día de noviciado, aunque el término oficial no es *matar*. No es correcto llamarlo así por cuestiones morales. Es y siempre ha sido *cribar*, verbo que se remonta a tiempos pretéritos, cuando los campesinos separaban el grano de la paja y los pobres recogían lo que se quedaba atrás. Fue el inicio de la beneficencia. El trabajo de los segadores es el mismo. En cuanto los niños son lo bastante mayores, se les cuenta que proporcionamos un servicio crucial para la sociedad. Nuestra labor es lo más

parecido a una misión sagrada que conoce el mundo moderno.

Quizá por eso la ley nos exige llevar un registro, un diario público en el que quede constancia de por qué los seres humanos hacemos lo que hacemos para los que nunca morirán y para los que todavía no han nacido. Se nos enseña a anotar no sólo nuestros actos, sino también nuestros sentimientos, porque debe saberse que los tenemos: remordimientos, arrepentimiento, una tristeza imposible de soportar. Porque si no sintiéramos esas cosas, ¿qué clase de monstruos seríamos?

—Del diario de criba de la H. S. Curie

1

Y el sol no se oscureció

El segador llegó a última hora de la tarde de un frío día de noviembre. Citra estaba sentada a la mesa del comedor, devanándose los sesos con un problema de álgebra de los difíciles, cambiando de sitio las variables, incapaz de resolver ni la equis ni la i griega, cuando una variable nueva y mucho más perniciosa entró en la ecuación de su vida.

Era habitual que el piso de los Terranova recibiera visitas, así que, cuando sonó el timbre, no hubo malos presagios: no se oscureció el sol ni se auguró la llegada de la muerte a su puerta. Puede que el universo debiera haberse dignado a proporcionar tal advertencia, pero los segadores eran tan poco sobrenaturales como los recaudadores de impuestos dentro del funcionamiento del mundo: aparecían, realizaban su desagradable trabajo y se marchaban.

Su madre fue la que abrió. Citra no veía al visitante, ya que al principio quedaba oculto por la puerta. Sí que vio a su madre allí, de pie, de repente inmóvil, como si se le hubieran solidificado la sangre en las venas. Como si, de inclinarse, fuera a caer al suelo y romperse en mil pedazos.

—¿Me permite entrar, señora Terranova?

El tono de voz del visitante lo traicionó: resonante e inevitable, como el monótono tañido de una campana de hierro, confiada en que su repicar es capaz de alcanzar a todos los que debe. Antes incluso de verlo, Citra supo que se trataba de un segador. «¡Dios mío! ¡Un segador ha venido a nuestra casa!».

—Sí, sí, claro, entre. —La mujer se apartó para dejarle entrar..., como si ella fuera la visita y no al revés.

El recién llegado cruzó el umbral; sus flexibles zapatos, que eran casi como zapatillas de andar por casa, no hacían ruido sobre el parqué. Su túnica de varias capas era de suave lino color marfil y, a pesar de ser tan larga que barría el suelo con ella, no se le distinguía ni una mancha por ninguna parte. Citra sabía que los segadores podían elegir el color de su atuendo; cualquiera menos el negro, que se consideraba poco adecuado para su trabajo. El negro era la ausencia de luz, y los segadores defendían lo contrario: luminosos e iluminados, se consideraban lo mejor de la humanidad..., y por eso se los elegía para el trabajo.

Algunos lucían colores más vivos; otros, más apagados. Eran como las exquisitas togas vaporosas de los ángeles del Renacimiento, a la vez pesadas y más ligeras que el aire. Gracias al estilo único de las túnicas de los segadores, al margen de su tela y su color, no costaba identificarlos en público, de modo que resultaba sencillo evitarlos, si eso era lo que se deseaba. También había gente que se sentía atraída por ellos.

El color de la túnica a menudo decía mucho sobre la personalidad de un segador. La túnica marfileña de este en concreto era agradable y lo bastante alejada del blanco puro para que su lumi-

nosidad no molestara al espectador. Sin embargo, nada de eso cambiaba el hecho de quién era ni de lo que era.

El hombre se quitó la capucha para dejar al descubierto su pelo, que era gris y corto, una cara con las mejillas coloradas por culpa del frío y unos ojos oscuros que casi parecían armas en sí mismos. Citra se levantó. No por respeto, sino por miedo. Por la sorpresa. Intentaba no hiperventilar. Intentaba evitar que las rodillas se le doblasen, puesto que la estaban traicionando y le temblaban, así que tensó los músculos y obligó a sus piernas a mantenerse firmes. Fuera cual fuera el propósito del segador, no la vería derrumbarse.

—Puede cerrar la puerta —le dijo a la madre de Citra.

A pesar de que la chica era consciente de lo difícil que le resultaba, esta lo hizo: un segador en el pasillo de entrada todavía podía dar media vuelta si la puerta estaba abierta; si se cerraba del todo, pasaba a encontrarse de verdad dentro de tu casa y no había marcha atrás.

Miró a su alrededor y localizó a Citra de inmediato. Le dedicó una sonrisa.

—Hola, Citra —la saludó.

El hecho de que conociera su nombre la dejó tan helada como a su madre aquella súbita aparición.

—No seas grosera —le reprochó la mujer demasiado deprisa—. Saluda a nuestro invitado.

—Buenos días, su señoría.

—Hola —intervino su hermano pequeño, Ben, que acababa de salir por la puerta de su dormitorio tras oír el profundo tañido de la voz del segador.

Ben apenas fue capaz de graznar esa única palabra antes de mirar a Citra y después a su madre, pensando lo mismo que estaban

pensando todos: «¿A por quién ha venido? ¿A por mí? ¿O seré el que quede para lamentar la pérdida?».

—He olido algo muy apetecible desde el pasillo —continuó el segador mientras inhalaba el aroma—. Ahora veo que acerté al pensar que procedía de este piso.

—Acabo de preparar *ziti*, su señoría. Nada especial.

Hasta aquel momento, Citra desconocía que su madre pudiera ser tan apocada.

—Eso está bien, porque no necesito nada especial —respondió él. Después se sentó en el sofá a aguardar pacientemente la cena.

¿Era demasiado esperar que el hombre hubiera acudido hasta allí para comer y nada más? Al fin y al cabo, los segadores tenían que comer en algún sitio. La costumbre era que los restaurantes no les cobraran, pero eso no significaba que una comida casera no les atrajera más. Se rumoreaba que algunos obligaban a sus víctimas a prepararles una comida antes de cribarlas. ¿Eso era lo que pasaba?

Fueran cuales fueran sus intenciones, se las guardó para sí, por lo que no les quedó más remedio que darle lo que quería. Citra se preguntó si perdonaría una vida si la comida era de su gusto. Con razón la gente se deshacía en esfuerzos por agradarlos: la esperanza bajo la sombra del miedo es el incentivo más poderoso.

La madre de Citra le llevó algo de beber, tal como él le pidió, y después se concentró en asegurarse de que la cena de aquella noche fuese la mejor que había servido nunca. La cocina no era su especialidad. Lo normal era que llegara a casa del trabajo y preparase algo rápido para todos. No obstante, esa noche era posible que sus vidas dependieran de sus cuestionables habilidades culinarias. ¿Y su padre?

¿Regresaría a casa a tiempo o tendría lugar la criba de su familia en su ausencia?

Por muy aterrada que estuviera Citra, no deseaba dejar al segador a solas con sus pensamientos, así que se quedó con él en la sala de estar. Ben, cuya fascinación por el hombre era tan evidente como su miedo, se sentó a su lado.

El hombre se presentó, por fin, como el honorable segador Faraday.

—Ah..., pues... una vez escribí un trabajo para clase sobre Faraday —comentó Ben, y la voz sólo se le quebró un instante—. Ha elegido el nombre de un científico muy chulo.

El segador Faraday sonrió.

—Me gusta pensar que escogí un histórico patrono apropiado. Como muchos científicos, a Michael Faraday no se le apreció lo suficiente en vida y, sin embargo, nuestro mundo no sería como es sin él.

—Creo que lo tengo en mi colección de cartas de segadores —siguió diciendo Ben—. Tengo a casi todos los segadores de Midmérica... Aunque parecía más joven en la foto.

El hombre aparentaba unos sesenta años y, a pesar de tener el pelo gris, su perilla todavía estaba salpicada de negro. Era poco habitual que una persona decidiera llegar a esa edad antes de reconfigurarse a una edad menor. Citra se preguntó cuántos años tendría realmente. ¿Desde cuándo se encargaba de quitar vidas?

—¿Su aspecto refleja su edad real o está en el límite por decisión propia? —inquirió Citra.

—¡Citra! —exclamó su madre, a punto de dejar caer la bandeja que acababa de sacar del horno—. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Me gustan las preguntas directas —repuso el segador—; demuestran un espíritu sincero, así que te daré una respuesta sincera: reconozco que he reiniciado el contador cuatro veces. Mi edad natural ronda los ciento ochenta años, aunque he olvidado el número exacto. En los últimos tiempos he elegido esta apariencia venerable porque he descubierto que aquellos a los que cribo encuentran consuelo en ella. —Entonces se rió—. Me toman por alguien sabio.

—¿Por eso está aquí? —le soltó Ben—. ¿Para cribar a alguno de nosotros?

Faraday esbozó una sonrisa indescifrable.

—Estoy aquí para cenar.

El padre de Citra llegó cuando estaban a punto de servir la cena. Su madre, al parecer, le había informado sobre la situación y estaba mucho más preparado emocionalmente que los demás. En cuanto entró, fue derecho al segador para estrecharle la mano y fingió más jovialidad y afabilidad de las que debía de sentir.

La cena fue incómoda; casi toda se desarrolló en silencio, con algún que otro comentario de Faraday: «Tienen un hogar encantador», «¡qué buena está la limonada!», «¡diría que son los mejores *ziti* que he probado en Midmérica!». Aunque no hacía más que elogiarlos, las columnas vertebrales de todos los presentes sufrían un estremecimiento sísmico cada vez que hablaba.

—No lo he visto nunca por el barrio —dijo al fin el padre de Citra.

—Imagino que no. No soy una figura pública, como les gusta a otros segadores. Algunos prefieren los focos, pero para hacer el trabajo bien de verdad se requiere cierto anonimato.

—¿Para hacerlo bien? —repitió la chica; la mera idea le enfurecía—. ¿Es que hay una forma correcta de cribar?

—Bueno, sin duda hay formas incorrectas —respondió él sin añadir nada más. Se limitó a seguir comiendo sus *ziti*. Cuando la comida tocaba a su fin, dijo—: Cuéntenme más sobre ustedes.

No era una pregunta ni una petición; sólo cabía interpretarla como una orden. Citra ni siquiera estaba segura de si formaba parte de su baile de la muerte o si estaría interesado de verdad. Conocía sus nombres antes de entrar en el piso, así que era probable que ya supiera todo lo que pudieran contarle. Entonces, ¿por qué preguntaba?

—Yo trabajo en investigación histórica —dijo su padre.

—Yo soy ingeniera de síntesis.

El segador arqueó las cejas.

—Y, aun así, ha preparado la comida de cero.

—Todo a partir de ingredientes sintetizados —contestó ella, y apoyó el tenedor en el plato.

—Sí, pero, si ya podemos sintetizar lo que queramos, ¿por qué seguimos necesitando ingenieros de síntesis?

Citra casi veía cómo la sangre abandonaba el rostro de su madre y la dejaba pálida. Fue su padre el que se alzó para defender la existencia de su esposa:

—Siempre hay margen para la mejora.

—Sí... ¡Y el trabajo de papá también es importante! —exclamó Ben.

—¿Cuál? ¿La investigación histórica? —El segador agitó el tenedor para descartar aquella idea—. El pasado nunca cambia... Y, por lo que veo, tampoco el futuro.

Pese a la perplejidad y la inquietud de sus padres y su hermano ante el comentario, Citra comprendió a qué se refería: el crecimiento

de la civilización había llegado a término. Todo el mundo lo sabía. En lo concerniente a la carrera humana, no quedaba nada más que aprender, nada que descifrar sobre nuestra propia existencia. Lo que significaba que no había ninguna persona más importante que otra. De hecho, si se veía la situación en su conjunto, todo el mundo era igual de inútil. Eso era lo que estaba diciendo, y Citra estaba furiosa porque, en cierto modo, sabía que tenía razón.

La chica era famosa por su genio. A menudo aparecía antes que la razón y no se iba hasta que el daño estaba hecho. Esa noche no sería una excepción:

—¿Por qué hace esto? Si está aquí para acabar con uno de nosotros, ¡hágalo de una vez y deje de torturarnos!

Su madre ahogó un grito y su padre echó la silla atrás como si estuviera dispuesto a levantarse y sacarla a la fuerza de la habitación.

—Citra, ¿qué estás haciendo? —La voz de su madre había empezado a temblar—. ¡Debes mostrar respeto!

—¡No! Está aquí y va a hacerlo, así que dejad que lo haga de una vez. Seguro que ya lo tiene decidido; he oído que los segadores van con la decisión tomada antes de entrar en una casa, ¿verdad?

Faraday no parecía perturbado por su exabrupto.

—Algunos sí, otros no —respondió con amabilidad—. Cada uno tenemos nuestra forma de hacer las cosas.

Ben ya estaba llorando. Su padre lo rodeó con un brazo, pero el chico estaba desconsolado.

—Sí, los segadores debemos cribar —añadió Faraday—, aunque también debemos comer, dormir y mantener conversaciones sencillas.

Citra le quitó el plato vacío.

—Bueno, pues ya ha comido, así que puede marcharse.

Entonces, su padre se acercó al visitante y se hincó de rodillas. ¡Su padre estaba arrodillado ante aquel hombre!

—Por favor, su señoría, perdónela. Asumo plena responsabilidad por sus acciones.

El segador se levantó.

—No es necesario disculparse. Resulta estimulante encontrar a alguien dispuesto a retarte. Ni se imagina lo tediosa que puede llegar a ser mi labor; los comportamientos obsequiosos, la zalamería, el interminable desfile de aduladores... Un bofetón en la cara me fortalece. Me recuerda que soy humano.

Luego se metió en la cocina y agarró el cuchillo más grande y afilado que encontró. Se puso a dar tajos en el aire para adaptarse a él.

Los gemidos de Ben se intensificaron, así como la fuerza con que lo sujetaba su padre. El segador se aproximó a su madre. Citra estaba dispuesta a lanzarse delante de ella para bloquear la hoja, pero, en vez de asestar una puñalada, el hombre alargó la otra mano.

—Bésemelo el anillo.

Nadie se lo esperaba, y menos Citra.

La mujer se quedó mirándolo mientras sacudía la cabeza, incapaz de creérselo.

—¿Me..., me concede la inmunidad?

—Por su amabilidad y por la comida que me ha servido, le concedo un año de inmunidad a la criba. Ningún segador la tocará.

Sin embargo, ella vaciló.

—Prefiero que se la conceda a mis hijos.

El segador no apartó el anillo. Era un diamante del tamaño de su nudillo con un núcleo oscuro. El mismo anillo que lucían todos los de su oficio.

—Se la ofrezco a usted, no a ellos.

—Pero...

—¡Jenny, hazlo de una vez! —la urgió su marido.

Así que lo hizo: se arrodilló, besó el anillo y este leyó su ADN y lo transmitió a la base de datos de inmunidad de la Guadaña. En menos de un segundo, el mundo supo que Jenny Terranova estaba a salvo de la criba durante los próximos doce meses. El hombre observó el anillo, que ahora emitía un tenue brillo rojo para indicar que la persona que tenía delante era inmune. Sonrió, satisfecho.

Y, por fin, les contó la verdad:

—He venido a cribar a su vecina, Bridget Chadwell —les informó el segador Faraday—, pero no estaba todavía en casa y me entró hambre. —Tocó con amabilidad la cabeza de Ben, como si le diera su bendición. Eso pareció calmarlo. Después, se acercó a la puerta, todavía con el cuchillo en la mano, sin dejar lugar a dudas sobre el método que usaría con su vecina. Sin embargo, antes de marcharse, se volvió hacia Citra—. Ves a través de las fachadas del mundo, Citra Terranova. Serías una buena segadora.

—Ni quiero ni querré serlo —repuso ella, retrocediendo.

—Ese es el primer requisito.

Y se fue a matar a la vecina.

Aquella noche no hablaron del asunto. Nadie tocó el tema de las cribas, como si mencionarlo pudiera provocar su advenimiento. No se oyó ningún sonido procedente del piso de al lado, ni gritos ni gemidos de súplica... O puede que el televisor de los Terranova estuviera demasiado alto para oírlos. Fue lo primero que hizo el padre de Citra

en cuando se marchó el segador: encender la tele y poner el volumen al máximo para ahogar los ruidos de la criba que tenía lugar al otro lado de la pared. Aun así, no fue necesario, puesto que, realizara su tarea como la realizara, el segador la había completado en silencio. La chica se esforzaba por oír algo, lo que fuera. Tanto Ben como ella se habían descubierto poseedores de una curiosidad morbosa que, en secreto, los avergonzaba a ambos.

Una hora después, el honorable segador Faraday regresó a su piso. Citra abrió la puerta. La túnica de color marfil no tenía ni una salpicadura de sangre. Puede que llevara consigo una de repuesto. Puede que hubiera usado la lavadora de la vecina después de la criba. El cuchillo también estaba limpio, y se lo devolvió.

—No lo queremos —le dijo ella, bastante segura de que podía hablar por sus padres en aquel tema—. No volveremos a usarlo.

—Pero debéis usarlo —insistió él—. Os servirá de recordatorio.

—¿Recordatorio de qué?

—De que la Guadaña no es más que el instrumento de la muerte, pues son vuestras manos las que nos blanden. Las tuyas y las de tus padres y las de todos los demás habitantes de este mundo. —Luego le colocó el cuchillo en las manos con suma delicadeza—. Todos somos cómplices. Debéis compartir la responsabilidad.

Quizás estuviera en lo cierto, pero, tras su partida, Citra lo tiró a la basura.

Es lo más difícil que se le puede pedir a una persona. Y saber que es por el bien común no lo hace más sencillo. Antaño, la gente moría por causas naturales. La edad era una aflicción terminal, no un estado temporal. Existían asesinos invisibles llamados *enfermedades* que destrozaban el cuerpo. El envejecimiento era irreversible y se producían accidentes de los que no se podía regresar. Los aviones se desplomaban del cielo. Los coches se estrellaban, aunque parezca increíble. Había dolor, miseria y desesperación. A la mayoría de nosotros nos cuesta imaginar un mundo tan inseguro, con tantos peligros ocultos e inesperados al acecho en cada esquina. Todo eso ha quedado atrás y ahora sólo perdura una verdad muy simple: la gente tiene que morir.

No es como si pudiésemos irnos a otra parte; los desastres en las colonias de la Luna y de Marte nos lo han demostrado. Nos queda un único mundo muy limitado y, aunque hayamos derrotado a la muerte de una forma tan absoluta como a la polio, la gente tiene que morir. El final de la vida humana

solía estar en manos de la naturaleza, pero se lo hemos robado. Ahora tenemos el monopolio de la muerte. Somos su único distribuidor.

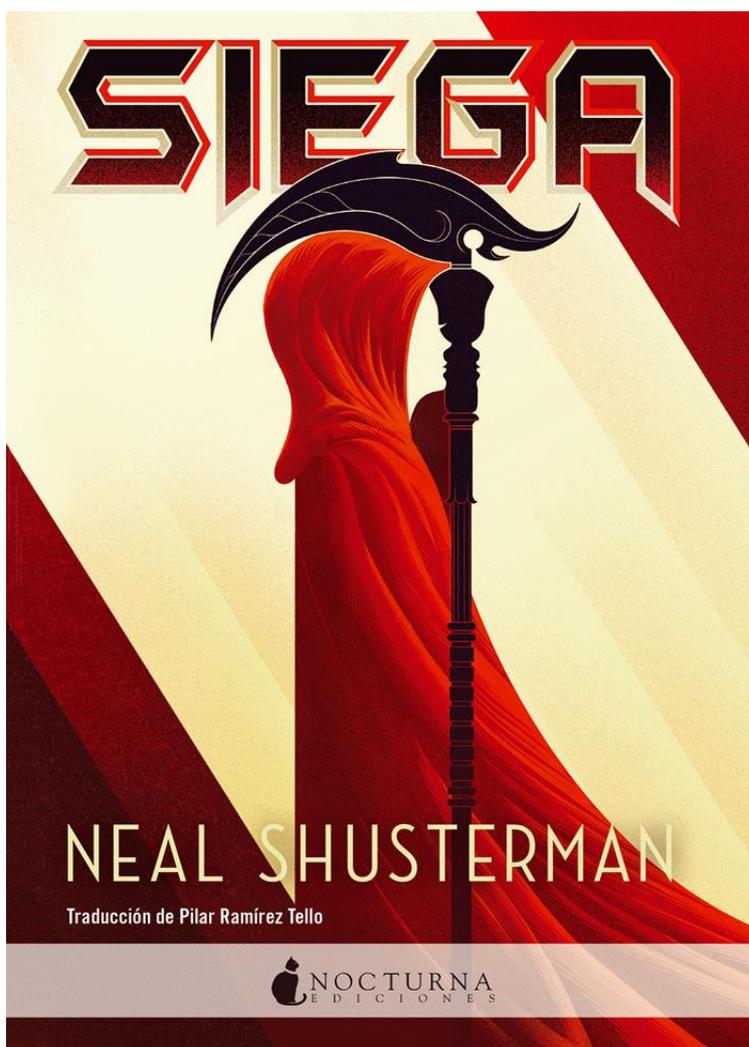
Entiendo por qué existen los segadores y lo importante y necesario que es su trabajo..., pero a menudo me pregunto por qué tuvieron que elegirme a mí. Y, si existe un mundo eterno después de este, ¿qué destino le espera a un segador de vidas?

—Del diario de criba de la H. S. Curie

SIGUE LEYENDO

SIEGA

NEAL SHUSTERMAN



ISBN: 978-84-16858-24-8 | **PVP:** 17,00 € | A la venta: **23-10-2017**

 **NOCTURNA**
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com